

Ensayo sobre modernidad y ética de la diferencia:

Una y otra vez, humanismo... siempre humanismo

Patricia Urquieta Crespo, Oruro, 1970. Escritora y Licenciada en Ciencias de la Comunicación Social. Su producción concentra temáticas literarias y culturales

(Tercera y última parte)

Savater y el Humanismo

*La historia de los hombres es la larga sucesión de
sinónimos de un mismo vocablo,
contradecirlos es un deber.*
René Char

*Cada hombre se parece más a todos los hombres
que a ese arbitrio y simple fantasma
que llamamos 'el mismo'*
Savater

Hablar de la cultura es referirse a la esfera espiritual del hombre, y el trabajo cultural nos permite producir sentidos que nos orienten hacia dónde ir, sentidos y valores en permanente reproducción. Esta búsqueda de sentidos nos lleva a creer y crear respuestas; otra respuesta posible es el humanismo, una nueva era (versión) del hombre, una nueva modificación de la comprensión de humanidad como nos propone Savater, que después de veinte años de intentar cambiar de idea se apega con más fuerza a su fe en el hombre, se declara un humanista impenitente.

Citando una obra sobre la modernidad, y a partir de una caracterización de ella como un viento de invierno que ha pasmado al hombre, el autor de *Ética como amor propio* cree que ese viento borra lo emocional e individualizante en beneficio de lo estructural, que desdeña la imagen en provecho del número, que considera al sujeto un insostenible prejuicio frente a la despersonalización del significante en flujos y reflujos, que reduce todo el problema a análisis gramatical o jerga iniciática. Desde allí, y contra ese viento, con la frialdad azotándole la cara, Savater ha escrito veinte años para una vez más reivindicar al hombre como el primero y último recurso posible y, al mismo tiempo, como el primer responsable de la sociedad y ante ella.

Este humanismo en su nueva versión, en un intento más de hablarle al hombre de sí mismo, de procurar convencerlo de que todo proyecto para la humanidad requiere la confianza de sí mismo, de su disposición, de su salud espiritual. Una ética humanista –implica el planteamiento de Savater–, nada que pueda llamarse una ética del desinterés, más bien una ética cuyo máximo interés está en la humanidad de los humanos, en la humanidad que nos humaniza; humanidad comunicativa y ética desde el sujeto, socialmente individualizado, cuya forma moderna de asumir la solidaridad común es radicalizar la libertad responsable de saberse y querer ser individuo.

Si es el lenguaje y sus elementos de comprensión y expresión lo que hace posible pensar este humanismo comunicativo en una relación de apertura a los demás, y si creemos que somos humanos no por la posibilidad de palabra, o peor por la palabra misma (aunque el psicoanálisis diga lo contrario), sino por la palabra dicha intercambiada, aceptada; entonces nos ubicamos en una dimensión en que se posibilita el diálogo entre la modernidad central y la moder-

nidad periférica; entre occidente adelantado y tercer mundo rezagado.

Una propuesta de diálogo entre iguales sea posiblemente viable para la recuperación del proyecto moderno; una reubicación en aquellos que nos universaliza al reconocer al hombre como una especie biológica y al humanismo como una vocación compartida. Alvar Núñez Cabeza de Vaca en su conocida aventura frente a los temibles sioux norteamericanos reconoce su identidad, su humanidad, cuando cae en cuenta que ese otro –juzgado de hombre sin razón, crudo y bruto– es tan humano como él porque ve lágrimas en sus ojos ante el desastre del naufragio del que acababa de ser víctima.

La humanidad es el don que nos permite comprender y convivir más allá, y transversalmente, de los artificios de la cultura, de la cristalización histórica de sus clases, de los mecanismos elaborados por la política y sus instituciones. Tener humanidad es sentir lo común en lo diferente; aceptar lo distinto sin ceder la repulsión a lo extraño. Construir un mundo para el hombre desde el hombre, no para evitar las desigualdades, pues es el mismo sujeto el que se esfuerza todo el tiempo por distinguirse, sino para cuidar las libertades que lo constituyen. Procurar entender el amor propio como el deseo de lo mejor para uno mismo, para lo que se hace necesario cultivar las instituciones sociales cuyo objetivo no sea la abolición o la disminución de la individualidad, más bien su potencialidad armónica.

Esto extrapolado a una Identidad latinoamericana consiste en pensarse capaz y pasible a una verdad propia, o mejor aún, a una constitución del hombre americano desde la ética de la diferencia, categoría utilizada por Mariaca en respuesta a la crisis moderna.

Este proyecto de humanismo busca hacer frente al monstruo blanco de la imposición occidental desde el amor propio como el motor principal del proyecto ético; que Savater expresa en clave kantiana al hablar del Imperativo categórico moral que consiste en obrar de modo que la parte merezca convertirse en todo. Un ejercicio que nos permite ubicarnos como emisores privilegiados donde el destinatario es un mundo al que hemos querido parecernos a pesar de reconocernos cultural e históricamente diferentes; ya no –entonces– buscar ningún tipo de parangón a nombre de volvernos universales, sino establecer la diferencia constituyente que hace posible pensar por nosotros mismos las salidas hacia la consecución y cumplimiento de nuestras necesidades.

El amor propio supone asumir individualmente el afán de inmortalidad (supervivencia) que constituye y ha constituido siempre el objetivo principal de todas las culturas y sociedades; en este sentido, ética es un propósito y obligación del hombre para con los hombres, es una forma de discriminación entre lo que es humano y lo que no es, es el reconocimiento del otro en cuanto uno mismo, es pensarse primero hombre y después latinoamericano y tercermundista: La única patria, extranjero, es

el mundo que habitamos; un solo Caos ha producido a todos los mortales sostienen un tal Melgarejo de Cadara. Moral es esa... disposición audazmente unilateral y universal a favor del hombre dictada en la intimidad de su propia voluntad libre por el mismo hombre.

Savater reconoce tres actos humanos moralmente buenos, los que contribuyen a la autoafirmación, al reconocimiento y a la salvaguardia del hombre por sí mismo. Autoafirmación es conservación y disfrute del ser propio; reconocimiento es tener conciencia de que la humanidad proviene del intercambio comunicativo con los semejantes; salvaguardia es protección solidaria y recíproca sin exclusiones de quienes compartimos el mismo destino vital. Ésta la elección que América Latina podría proyectar como una posición revolucionaria que desplace las teorías de la dependencia y demás vainas que describen la inhabilitabilidad del mundo en que vivimos.

Si el humanismo ha consistido principalmente en cuestionar o problematizar los sucesivos modelos de esencia humana tomados tradicionalmente por evidentes, lo propio de la actitud humanista no es aceptar simplemente una naturaleza humana o esencia humana de la vida, sino propugnar la disposición autopoética del hombre, obligado a inventarse e instituirse a sí mismo a partir de su libertad.

Para Sartre el hombre es inventor libre de sí mismo (la existencia precede a la esencia), esto quiere decir que el hombre es el único responsable de lo que es, responsable ante su propia subjetividad, y por tanto ante la de todos; respondo de mí y respondo ante los otros, respondo de lo que soy porque me hago cargo de lo que he sido. Hacerse cargo del pasado, dura responsabilidad especialmente cuando todavía no nos aceptamos en la plenitud de esa humanidad que nos Oíndiferencia' del resto del mundo, incluidos poderosos, modernos y otros fantasmas parecidos.

Momento crucial la modernidad, para reflexionar las esencias que la filosofía ha guardado creyendo superada la metafísica. Pensar al hombre desde esta aparente generalidad y abstracción es pues el punto de partida para que –una vez recuperado el hombre– podamos luego producir respuestas desde la cultura, el canon estético, las naciones, las regiones, etcétera. Sólo en la medida en que nos convenzamos que somos iguales por ese caos que nos creó será posible asumir la responsabilidad de referirse con propiedad a las nuevas categorías y problemáticas que buscamos resolver con tanta ansiedad. ¿Cómo entrar en diálogo con la cultura, los pueblos indígenas, la tecnología, la crisis, si no es desde el hombre? Saber ser humano es resistirse institucionalmente a desaparecer en la insignificancia.

Fin